

DE LA TEORÍA POR OTROS MEDIOS: SIMONE DE BEAUVOIR Y SUS FICCIONES

Adrián Marcelo Ferrero
Universidad Nacional de La Plata

RESUMEN

El presente trabajo se propone establecer el entramado entre algunas tesis sostenidas por Simone de Beauvoir en sus textos teóricos o filosóficos (sobre todo de su tratado de 1949, *Le Deuxième Sexe*) y sus textos ficcionales compuestos hacia la década de los años sesenta. Mediante el análisis textual, procuraremos demostrar cómo esas tesis sostenidas en los primeros son ilustradas en los segundos y arriesgar algunas hipótesis sobre las implicancias de esas estrategias de transposición. Así, veremos el modo como de Beauvoir construye un sujeto mujer que se autodesigna, y elabora representaciones de la feminidad y la masculinidad alternativas que desestabilizan los estereotipos sexistas, a través de los cuales el patriarcado se ha legitimado y perpetuado como sistema de privilegios. Indagaremos asimismo en la importancia que las narrativas han tenido en la construcción de la feminidad occidental y en el rol que nuevas representaciones emancipatorias pueden tener para la causa de la liberación de la mujer y para un vínculo más igualitario entre ambos sexos.

PALABRAS CLAVE: Narrativas, textos teóricos, representaciones, estereotipos, transposición, textos ficcionales.

ABSTRACT

This paper sets out to establish the connections between some thesis upheld by Simone de Beauvoir in her theoretical and philosophical texts (above all, in her 1949 treaty, *Le Deuxième Sexe*) and her fictional texts, produced in the sixties. By means of textual analysis we shall attempt to show how the thesis upheld in those former works are illustrated by the latter, and advance some hypothesis about the implications brought about by those strategies of transposition. We shall see the manner in which de Beauvoir constructs a woman subject that names herself and elaborates alternative representations of femininity and masculinity which destabilize sexist stereotypes, through which patriarchy has perpetuated and legitimated itself as a system of privileges. We shall also delve into the important role played by narratives in the construction of Western femininity and the role that new emancipating representations can have in the female liberation movement and in a more egalitarian relationship between the two sexes.

KEY WORDS: Narratives, theoretical texts, representations, stereotypes, transposition, fictional texts.





«No se nace mujer: se llega a serlo»¹. Este breve epigrama, que hizo correr ríos de tinta, se funda en el modo según el cual la feminidad occidental es constituida por las instituciones de la cultura y, como sentencia intelectual, se opone al determinismo que habían hegemonizado las teorías biológicas y antropológicas del siglo XIX y parte del XX². La mujer, educada según unos códigos que le devuelven versiones de sí misma que la inferiorizan, termina por internalizar y convertir en un axioma que ésas son sus propiedades inherentes y sus lugares asignados. Víctima de imágenes y representaciones que la cultura hace circular sobre ella, minusvalorándola, digitadas y diseñadas por la dominación masculina, la constitución del sujeto mujer sufre notables amputaciones que, sin duda, contribuyen a formaciones sociales donde predomina la iniquidad.

La sentencia de Simone de Beauvoir arriba citada no hace más que poner en entredicho aquella ideología que postulaba que el ser mujer prescribía una esencia. De Beauvoir tomará de la filosofía existencialista elementos útiles para configurar una teoría feminista *avant la lettre*. En efecto, Sartre había postulado en *L'Être et le Néant* (1943) que el sujeto se caracterizaba por ser un permanente proyecto, siempre lanzado hacia el futuro, abierto a la trascendencia. Pero si el sujeto dimitía de su libertad, recaía en el en-sí y su libertad en facticidad. A su vez, la existencia humana no tenía condicionamientos sustantivos: siempre que una voluntad positiva la absorbiera, el proyecto se fijaba nuevos límites hacia el futuro. Por último, el sujeto, para la filosofía de Sartre, es lo que él hace de sí mismo a través de la acción. Simone de Beauvoir, apoyada en la tradición ilustrada pero, al mismo tiempo, exacerbándola, desnaturalizará los discursos que prescribían una esencia para el sexo femenino, discursos que caracterizaron la perpetuación del patriarcado. Precisamente, la Ilustración había hecho *tabula rasa* con las determinaciones relativas al nacimiento, propias del *Ancient Régime*. Sin embargo, señala Celia Amorós, «El sexo biológico se constituía en un enclave de naturalización ante el que se estrellaban los esfuerzos de las mujeres por volver coherentes las abstracciones ilustradas»³. De este modo, de Beauvoir polemiza con los vestigios patriarcales de la tradición ilustrada (cuyos privilegios sexistas ya habían sido puestos en entredicho por algunos pioneros, hombres y mujeres) y permite el ingreso de las mujeres en el ámbito de todo aquello que había sido definido como «lo genéricamente humano», pero ilegítimamente usurpado por el sexo masculino.

La dupla existencialismo y feminismo, presente de modo muy claro en *Le Deuxième Sexe* ya desde sus primeras páginas, se vuelve posible, aunque a primera

¹ S. DE BEAUVOIR, *El segundo sexo*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999 (1ª ed. 1949), p. 207.

² Entendemos el concepto «instituciones» en el sentido que le otorga Raymond Williams, como «el término normal para cualquier elemento organizado de una sociedad» (R. WILLIAMS, *Palabras Clave*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000 [1ª ed. 1976], p. 188) y el término «cultura» como referencia a una totalidad de «sistemas materiales, significantes y simbólicos» (*ibidem*, p. 91).

³ C. AMORÓS (coord.), *Feminismo y filosofía*. Madrid, Editorial Síntesis, 2000, p. 66.

vista parezcan dos asignaturas difíciles de conjugar, porque ambas se abroquelan en la común voluntad de elaborar una crítica y en la de dismantelar esencias. En tanto el existencialismo desmitifica que la existencia humana la tenga, también lo femenino en ese marco reivindica su pertenencia al ámbito de lo humano y, por tanto, combate toda concepción según la cual lo femenino sea una entidad inmutable y ahistórica.

Simone de Beauvoir es muy clara en su análisis sobre la feminidad en las sociedades occidentales. Desde muy pequeñas, ya en sus experiencias fundantes, las niñas se ven expuestas a mensajes, relatos, mitos, documentos y otras formas de simbolización según las cuales la mujer es jerárquicamente inferiorizada frente al hombre. Es lógico, entonces, que el sexo femenino desde muy tempranamente incorpore su condición de ser sometido. Y entre la larga serie de configuraciones que proclaman la sumisión de la mujer y su vasallaje al hombre, las narrativas son algunas de las más importantes. Mitos, cuentos, novelas, leyendas inscriben discursivamente la huella de esta marginación y de esa pasividad. Apunta Simone de Beauvoir al respecto: «Al no plantearse las mujeres a sí mismas como Sujeto, no han creado un mito viril en el cual se reflejarían sus proyectos; carecen de religión y de poesía que les pertenezcan por derecho propio: todavía sueñan a través de los sueños de los hombres»⁴. Y un poco más adelante proclamará: «La literatura infantil, la mitología, cuentos, relatos, reflejan los mitos creados por el orgullo y los deseos de los hombres: a través de los ojos de los hombres es como la niña explora el mundo y en él descifra su destino»⁵. Lo que se propondrá nuestra escritora en *Le Deuxième Sexe* es, precisamente, dar estatuto de visibilidad a las realizaciones femeninas, creando así las condiciones necesarias para formar una genealogía, en términos de Celia Amorós, bajo la cual las mujeres puedan pensar su propia identidad y dar cuenta de su propia subjetividad (y por lo tanto, de una «diferencia»), conformando así un colectivo femenino. Según Celia Amorós, una relación genealógica con el pasado «busca en las producciones [...] que le precedieron una legitimación de su propia tarea filosófica. En la misma medida en que (Aristóteles) se quiere *legitimado*, se constituye a sí mismo con efectos retrospectivos como *legitimador* de la serie y como fundador de una tradición filosófica al articularla bajo la forma de un *legado*»⁶. Visto de este modo, el tratado de 1949 inicia pero, simultáneamente, continúa una estirpe o serie que le precede. Así, Simone de Beauvoir, además de elaborar una crítica al patriarcado desde la especificidad de distintas disciplinas abordadas (la Biología, el Psicoanálisis, el Materialismo Histórico, la Antropología, la Historia, la Filosofía) se lanzará al rescate de las manifestaciones del genio femenino y sus monumentos, sea bajo la forma de las ideólogas y precursoras (también precursoro-

⁴ S. DE BEAUVOIR, *op. cit.*, p. 142.

⁵ *Ibidem*, p. 227.

⁶ C. AMORÓS, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1991 (1ª ed. 1985), p. 80 (el subrayado de la autora).



res, como Poulain de la Barre) de los movimientos de reivindicación femenina, sea bajo la forma de textos u obras artísticas de autoras que perduraron pese a la censura y la discriminación. Asimismo, brindará un marco explicativo para la supremacía de un sexo por sobre el otro y mostrará por qué la supuesta inferioridad femenina se debe a las condiciones adversas a las que han sometido a las mujeres siglos de ideologías y prácticas patriarcales y que bien han impedido virtualmente, bien invisibilizado o destruido obras capitales del patrimonio de la Humanidad. Dicha inferioridad es esgrimida por algunos autores como inherente al sexo femenino, en tanto Simone de Beauvoir se dedicará con todos sus esfuerzos a demostrar que se trata del producto de una situación de opresión rigurosamente historizable y, por tanto, modificable.

De Beauvoir, entonces, no se conformará con formular una crítica y realizar un aporte en torno de la reconstrucción de un mapa cultural del pasado, a través de la conformación de un nuevo canon intelectual y literario y de la fundación de una tradición⁷ en los estudios sobre la mujer. También consagrará parte de su vida al ejercicio de ficciones que tenderán a desautorizar y desestabilizar el discurso literario patriarcal y a autodesignar al sexo femenino, postulando así la enunciación de un sujeto también femenino. Para ello adoptará «un yo imaginario o un yo autobiográfico»⁸, en sus distintos textos⁹. Tanto en sus escritos ficcionales cuanto en la saga autobiográfica que dará cuenta de las distintas edades de su vida (dividida en cuatro volúmenes), la escritora francesa instaurará la presencia de una primera persona femenina que se autoconstruye a partir de escenas (tanto de lectura como de escritura¹⁰) que fundan míticamente un comienzo de esa vocación, tal como lo señala Leciñana Blanchard. Claro que esas míticas escenas de comienzos no sólo son momentos de instauración de un poder sino también de una abdicación de éste, como cuando en su autobiografía de Beauvoir deja en manos de Sartre la misión de filósofo, para quien estaba asignada esa facultad y ese *status*. Ella, en cambio, será sólo una escritora. Pero ¿puede aseverarse que será sólo eso, realmente, ignorando gran parte de su obra de enorme valor teórico? El extenso trabajo de María Teresa López Pardina, titulado *Simone de Beauvoir. Una filósofa del siglo XX*, busca visibilizar esta faceta de la escritora francesa.

⁷ Para la noción de «tradición», véase el libro de Raymond Williams *Marxismo y literatura* (Barcelona, Ediciones Península, 1980 [1ª ed. 1977]), en especial pp. 137-142.

⁸ M. LECIÑANA BLANCHARD, «Simone de Beauvoir: aproximaciones a la (auto)construcción del sujeto mujer». *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Facultad de Filosofía y Letras*, vol. 8 (diciembre 2002), pp. 73-79, p. 78.

⁹ Para el presente trabajo nos centraremos sólo en sus textos ficcionales de la década de los sesenta. No obstante, otro camino podría consistir en abordar el tratamiento de la escritura de la autorrepresentación, (la serie autobiográfica) o bien otros textos ficcionales de otro período de su producción.

¹⁰ Para la noción de «escena de lectura» puede consultarse el libro de S. MOLLOY, *Acto de presencia. La literatura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (1ª ed. 1991).

El cultivo de los textos ficcionales alternativos arriba citados revestirá una importancia capital y servirá de plataforma intelectual para los movimientos feministas que comienzan a agitar la vida social occidental y que cobrará densidad teórica en el neo-feminismo de la década del setenta.

De 1966 data *Les belles images*¹¹, novela corta que dramatiza el proceso de disolución de una conciencia femenina esclavizada por los mandatos de la sociedad patriarcal capitalista tardía. Heterodesignada en forma permanente por los varones, internalizando consignas ajenas que la hacen habitar una existencia inauténtica, Laurence, la protagonista, moviéndose en un mundo de apariencias, siente la angustia y el vacío de una vida al servicio de la hipocresía social. Si bien logrará reconocer esta situación, será tarde para revertirla y se sentirá perdida, buscará refugio en su padre (cuyo discurso y cuyas prácticas no son precisamente patriarcales) y proyectará un futuro distinto para sus hijas. Justamente será la proyección hacia otra existencia (aquello que Simone de Beauvoir reivindicaba como rasgo supremo de una ética existencialista en sus primeros tratados morales) lo que devolverá el sentido a su propia vida. En este caso, la maternidad, considerada genéricamente por de Beauvoir como un inconveniente desventajoso (al igual que el matrimonio), se constituirá en el vínculo que evitará propagar en el futuro el mismo mal en otras conciencias: en este caso, en las de sus herederas. Ello nos lleva a pensar que de Beauvoir pudo haber revisado los puntos de vista vertidos en *Le Deuxième Sexe* hacia 1949, retrospectivamente, sobre estos tópicos, y haber juzgado la maternidad con una mirada menos radical y más contemporizadora.

Será la intelectual francesa de origen búlgaro quien responsabilice a de Beauvoir de ser la mentora intelectual del desprestigio de la maternidad como institución social. Esta visión, según Kristeva, será la que alejará al movimiento feminista de sus bases, esto es, de las masas femeninas, porque el primero no tiene en cuenta ni absorbe teóricamente la experiencia como madres de las segundas.

Hacia la década del noventa, Kristeva tomará partido por una visión diferente de la maternidad, según la cual ésta «*extrait une femme de son unicité et lui donne une chance —mais non une certitude— d'accès à l'autre, c'est-à-dire à l'éthique*»¹².

Quizás para ilustrar su combate contra los estereotipos, Simone de Beauvoir nos presenta al padre de Laurence como un hombre sin voluntad de dominación sobre las mujeres que lo rodean y, al mismo tiempo, como alguien que transgrede las formas convencionales de concebir la masculinidad en las sociedades occidentales. En esta figura será en la que la hija encuentre algunas de las claves para escapar de su hastío y de un estilo de vida que la oprime y la reifica. Su padre, un aliado, le devolverá una imagen en la cual la protagonista no se alienará en la sumisión, rasgo histórico típico propio del vínculo entre hombres y mujeres. Este personaje nos

¹¹ S. DE BEAUVOIR, *Las bellas imágenes*. Barcelona, Editorial Edhasa, 1984 (1ª ed. 1966).

¹² C. RODGERS, *Le Deuxième Sexe. Un héritage admiré et contesté*. París, L'Harmattan, 1998, p. 190.





recuerda aquella reconciliación que propugnaba de Beauvoir hacia el final de *Le Deuxième Sexe*, cuando sostenía que «Al hombre corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en el seno del mundo establecido; para alcanzar esa suprema victoria es necesario, entre otras cosas, que, por encima de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad»¹³. Es así como en sus textos literarios la escritora francesa no sólo establecerá imágenes de mujeres que rompan con los estereotipos sino también de hombres que hagan lo propio y que, por lo tanto, no aspiren a una relación de superioridad sobre las mujeres. Recordemos que los estereotipos son «creencias sobre las clases de individuos, de grupos o de objetos, que son preconceptos, es decir, que no responden a una apreciación nueva de cada fenómeno, sino a hábitos de pensamiento y expectativas habituales. [...] Un estereotipo es una creencia que no se da como hipótesis confirmada por pruebas, sino más bien considerada, de manera entera o parcialmente equivocada, como un hecho dado»¹⁴. Al crear representaciones, tanto femeninas como masculinas, reñidas con los estereotipos, Simone de Beauvoir deconstruye las diversas formas en las que se gesta el «sentido común» (sobre todo en el sesgo sexista que éste presenta) y funda maneras alternativas de plantear los vínculos entre género y narración y, al mismo tiempo, modelos diferentes de socialización entre ambos sexos.

Por su parte, *La femme rompue*¹⁵ aborda, una vez más, el proceso de descomposición de una existencia femenina. Pero esta vez, el motivo será la ruptura de la tutela masculina. Una mujer, después de años de vida conyugal, vive una crisis matrimonial porque su marido la engaña con una amante sin decidirse, en principio, por romper con ninguna de las dos. Es esa vacilación lo que resulta terriblemente desgastante para Monique. Enfrentada por la fuerza a su propia libertad, la protagonista descubrirá la ausencia de un proyecto propio y encarará un proceso introspectivo (que en el texto queda testimoniado a través de las diversas entradas en un diario íntimo) y que implicará una revisión de los fundamentos ontológicos de su existencia en todos los planos. Simone de Beauvoir, a través de un recurso literario típico en el que queda inscripta la subjetividad, cual es el género literario del diario íntimo (también, tradicionalmente, el único autorizado por un sistema normativo de asignación de poder discursivo —junto con el epistolar— para ejercer la voz escrituraria de las mujeres), recrea los vaivenes emocionales de Monique, una ama de casa de cuarenta y cuatro años que ve destruirse su vínculo marital. Descubre también que ha vivido al servicio de los demás y en ello ha relegado su propia realización. En ese espacio discursivo y, por lo tanto, ideológico que constituye su diario, intentará dotar de nuevos sentidos a su vida fuera de la sujeción masculina o de la maternidad, y dar coherencia narrativa a una suma de aconteci-

¹³ S. DE BEAUVOIR, *El segundo sexo*, p. 725.

¹⁴ R. AMOSSY y A. HERSCHBERG Pierrot, *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires, Editorial Eudeba, 2001, p. 32.

¹⁵ S. DE BEAUVOIR, *La mujer rota*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1968 (1ª ed. 1968).



mientos que parecen no tenerla. El texto, en el que quedan impregnadas todas sus dudas y traspies, da cuenta de las desilusiones de la protagonista y sus desgarramientos interiores (que la llevan incluso a la enfermedad y el padecimiento físico y psíquico) al perder todo aquello que le daba cohesión a su vida. Así, parece asistir desconcertada a su fracaso y a formularse preguntas fundantes de su identidad. En tal sentido, se interroga sobre cómo habiendo cumplido con los mandatos sociales como el matrimonio y la maternidad puede fracasar y ser objeto del abandono y el desapego de su marido. Al mismo tiempo, al tratarse de un discurso confesional, la narradora francesa logra recrear la complejidad de la mentalidad femenina y su visión del mundo a través de un discurso caracterizado por la inmediatez y en el que la mujer pugna por encontrar su propia voz en la vida cotidiana. Denuncia de la falacia del amor conyugal burgués, *La femme rompue* da un paso más en la crítica de las instituciones sociales occidentales y de la ideología burguesa como fuente de insatisfacción para los sujetos. La figura de Monique, la esposa que se plantea como el paradigma de la «ética del cuidado», es confrontada con su rival, la de la amante de su marido, Noëlie, abogada exitosa, divorciada, sin escrúpulos, pero que puede desenvolverse con soltura en los ámbitos sociales y ganarse el sustento, lo que le permite elegir y disponer de más libertad que su antagonista.

El fracaso matrimonial conducirá a Monique a reubicarse en el mundo, a pensar todo aquello que conspira contra el amor perdurable (la rutina, el peso de los deberes, las postergaciones) y a través de sus hijas a considerar qué modelo de mujer insufló en ellas. La hija mayor es una ama de casa que ha repetido el destino de su madre (aunque, hasta el momento, no parece desdichada con su elección); la hija menor es una escéptica respecto de las relaciones amorosas, vive en Nueva York de un modo muy independiente y pragmático (al igual que la sociedad norteamericana con la cual convive), y piensa sobre todo en su progreso profesional, al margen de una idea de familia.

Celia Amorós, haciendo referencia a la concepción de la existencia de la filosofía existencialista sartreana, sostiene que en ella «Hemos de descifrar nuestra situación presente a la luz de un futuro hacia el cual la proyectamos, y en ese movimiento, nuestro pasado se constituye en objeto de reinterpretación permanente»¹⁶. Así es como Monique repasa su vida, sus relaciones, sus vínculos y los reinterpreta a la luz de sus nuevas experiencias. Todo lo someterá a análisis y todo será puesto en tela de juicio. Pero precisamente esa actitud problematizadora, radical, será la que inaugure el camino hacia la libertad. En ese camino, la «escritura de sí», como la denomina Leciñana Blanchard, será su salvoconducto. Simone de Beauvoir plantea en este texto una reapropiación en clave literaria de los géneros de la autorrepresentación, tales como el diario íntimo, y los politiza al atravesarlos por la categoría del género.

Monique sufre un deterioro tanto físico como emocional ante los vaivenes de su esposo, que no termina de abandonarla pero que tampoco elige a Noëlie

¹⁶ C. AMORÓS, *Feminismo y filosofía*, p. 65.



definitivamente, salvo al final. La *nouvelle* concluye con la partida de Maurice, el marido, del hogar, y el enfrentamiento de Monique con una realidad hostil que le provoca miedo pero que es más auténtica y sustantiva que el vacío que le precedía.

En su libro testimonial *Une morte très douce*¹⁷, Simone de Beauvoir narra los últimos días de vida de su madre, víctima de una enfermedad terminal. Pero ese relato da pie a una consideración muy pormenorizada sobre el rol de la maternidad en la sociedad occidental y del lugar simbólico que éste ocupa en ella. De Beauvoir muestra sin concesiones las diferencias que la separan de su madre y el modo divergente en el que han construido ambas su feminidad. La suya es una generación que avanza sobre la de su madre por haber accedido a una mayor instrucción, a un mayor poder de decisión sobre su vida y por haber cuestionado el destino que la sociedad había inscripto para ella. En efecto, las nuevas conquistas de las mujeres tienen su apoyo y su sustento en la de las generaciones que las antecedieron: sus propias «madres» (sanguíneas o simbólicas) que desearon un futuro diferente para sus hijas y que fueron dando entidad a una genealogía y una tradición. No obstante, de Beauvoir debió enfrentar en su familia tanto los prejuicios de clase como los de género para hacerse un lugar nuevo desde el cual fundar una libertad y un proyecto que se daba de bruces con la burguesía venida a menos de la cual provenía.

Como vemos, en su obra literaria Simone de Beauvoir ilustrará algunas de las ideas formuladas teóricamente en *Le Deuxième Sexe*, cuales son, entre otras, las de la mala fe, en el caso de las mujeres que son cómplices del sometimiento, y las de la dominación inflingida, cuando ese sometimiento no es consentido pero sí padecido. Obra literaria y textos ideológicos aparecerán entramados y formando un sistema que dará coherencia a su proyecto creador¹⁸. Esta coherencia se logrará merced a la transposición de sus tesis en figuraciones literarias diversas, en las cuales las protagonistas suelen ser mujeres que se encuentran ante situaciones de crisis existenciales o dilemáticas.

Todo parece indicar que hacia del década del sesenta la escritora francesa centraba sus inquietudes en formas de mediación entre sus planteamientos morales con aplicación concreta en la situación de las mujeres y su actividad como productora de textos literarios. Sabemos, además, que en de Beauvoir la relación entre la experiencia vivida y las formas de la narración están intensamente vinculadas y que hasta sus textos más teóricos están atravesados por ella. En sus autobiografías la autora suele dar pistas sobre cómo surgieron sus tratados de ideas y en todos los casos (salvo aquellos puntuales debidos a encargos editoriales) el disparador parece haber sido la propia vivencia de una situación de desigualdad o injusticia.

Las cavilaciones que Simone de Beauvoir dedicó al tema mujer pueden documentarse y rastrearse por lo menos desde 1947, fecha de publicación de su

¹⁷ S. DE BEAUVOIR, *Una muerte muy dulce*. Barcelona, Editorial Edhasa, 1984 (1ª ed. 1964).

¹⁸ Tomamos la noción de «proyecto creador» del sociólogo de la cultura francés Pierre Bourdieu; en especial de su formulación en el artículo «Campo intelectual y proyecto creador», en J. POUILLON *et al.*, *Problemas del estructuralismo*, México, siglo XXI, pp. 135-182.

ensayo filosófico *Pour une morale de l'ambigüité*. En un pasaje del citado libro, la escritora señalaba:

En gran número de civilizaciones esta situación es también la de las mujeres —entre aquellas que no han hecho en el trabajo el aprendizaje de su libertad— que se ponen al abrigo de los hombres; adoptan, sin discusión, las opiniones y los valores reconocidos por su marido o su amante, y ello les permite desarrollar las cualidades infantiles prohibidas a los adultos, porque las mismas reposan sobre un sentimiento de irresponsabilidad. [...] Entonces descúbrese la diferencia que las distingue de un niño verdadero: al niño su situación le es impuesta, mientras que la mujer la elige o, por lo menos, la consiente. [...] Mas desde que una liberación surge como posible, no explotar esta posibilidad es llevar a cabo una dimisión de la libertad, dimisión que implica la mala fe y que, a su vez, es una falta positiva¹⁹.

Esto significa que ya desde esa fecha de Beauvoir imprimía a los planteos sociales un fuerte sesgo moral. Así, no se puede desagregar para el análisis un aspecto del otro. Y es que como muy bien lo observa María Teresa López Pardina²⁰, la obra de Simone de Beauvoir no se puede encuadrar en la de los filósofos que erigen sistemas (tarea a la que sí, en cambio, se volcó su compañero Jean-Paul Sartre), sino en la de los moralistas. Este linaje de filósofos tiene en la cultura francesa una larga tradición que se remonta a figuras tan célebres como las de Voltaire y Montaigne. Simone de Beauvoir viene a sumar su nombre a una abultada lista de figuras que no han explicitado su pensamiento en «obras sistemáticas»²¹ pero que sí han puesto su inteligencia al servicio de iluminar los problemas de su tiempo, a denunciar la hipocresía social y a elaborar una crítica de las costumbres.

Julia Kristeva encuentra otras raíces en el discurso de Simone de Beauvoir: sería la continuadora de un tipo peculiar de enunciado inaugurado por Madame de Staël: «un entre-deux qu'occupe Simone de Beauvoir, entre la science et la fiction, qu'on appelait l'idéologie [...]»²².

Celia Amorós acierta al señalar que en el caso de los textos ideológicos de de Beauvoir, no se trata de un sujeto epistemológico cuanto de un sujeto moral, «núcleo de imputación de unas acciones que se consideran libres»²³. Si bien Simone de Beauvoir intentará brindar un marco explicativo a la relación histórica de dominación entre hombres y mujeres, dadas las condiciones sociales actuales, persistir en ella le parece un acto moralmente condenable por las implicancias lesivas que acarrea para el sexo sojuzgado y que lo asimila al estadio infantil, de rotunda indefen-

¹⁹ S. DE BEAUVOIR, *Para una moral de la ambigüedad*. Buenos Aires, Editorial Schapire, 1956 (1ª ed. 1947), pp. 38-39.

²⁰ M^a. T. LÓPEZ PARDINA, *Simone de Beauvoir. Una filósofa del siglo xx*. Cádiz, Ediciones de la Universidad de Cádiz, 1998.

²¹ *Ibidem*, p. 29.

²² C. RODGERS, *op. cit.*, p. 204.

²³ C. AMORÓS, *Feminismo y filosofía*, p. 64.





sión y dependencia. Paralelamente, la comparación entre la situación de los niños y de la mujer tiene sus límites: la fatalidad, en el primer caso; la connivencia, en el segundo.

Si bien ella, al igual que el humanismo existencialista de cuño sartreano, considera que el sujeto es libre, establecerá algunos reparos al absolutismo con que lo hará su compañero, Jean-Paul Sartre. Según Sartre, «la condición primera de la acción es la libertad»²⁴ y más adelante agrega: «La acción decide acerca de sus fines y sus móviles, y es la expresión de la libertad»²⁵. En este sentido, al referirse a la libertad, de Beauvoir provocará un asalto a los binarismos sartreanos, atendiendo a las diferencias de raza, clase, género y etnicidad para el sujeto, como lo señala Elaine Stavro-Pearce²⁶, todas ellas variables que Sartre en sus indagaciones filosóficas había relativizado o puesto entre paréntesis como determinaciones de la tan mentada libertad. Simone de Beauvoir no entiende la libertad sino encarnada en un cuerpo situado históricamente y anclado en ciertas condiciones materiales. Lo que interesa a de Beauvoir son los «tipos empíricos», en términos de López Pardina, una filosofía o, si se quiere, una teoría, que ancle en los comportamientos humanos y, por lo tanto, que trasunte una categorización de las situaciones según su grado de favor o adversidad. Ventajosa o desventajosa, la situación no se convierte en el otro vértice complementario de la libertad, sino que delimita su alcance. En esta conceptualización, y en otras, es visible que de Beauvoir no es un mero epígono de Sartre (como lo pretenden algunas estudiosas como Michèle Le Doeuff), sino una verdadera innovadora en ciertos conceptos de la filosofía existencial y en su aplicación a nuevos fenómenos, cuales son, entre otros, los de la opresión de la mujer o de la vejez.

De Beauvoir, como vemos, teoriza sobre la acción y la existencia humanas desde una óptica que pone ciertos reparos al absolutismo de su compañero. Inmanencia y trascendencia pueden mutar la una en la otra según las condiciones históricas. En efecto, no se trata de dos categorías fijas sino móviles, fluidas, dinámicas, que pueden incluso conmutarse en algunos casos. En tal sentido, Simone de Beauvoir entiende que la situación de sojuzgamiento de la mujer por parte del sexo masculino es un dato contingente, que puede ser revertido a través de la acción, la educación y la concienciación. Es por ello que titula el último apartado de *Le Deuxième Sexe* «Hacia la liberación», en un verdadero acto de fe o de optimismo prospectivo. La mujer podría lograr como una victoria la trascendencia, que antes sólo era patrimonio del hombre. Sobre todo, lo que operaría una transformación en la situación de las mujeres sería el ganar un salario por sí mismas y la asunción de su realidad de seres libres.

En este contexto, es necesario subrayarlo una vez más, se vuelve capital la revisión de la noción de «situación» que, si bien proviene del núcleo de la filosofía

²⁴ J.-P. SARTRE, *El ser y la nada*. Barcelona, Editorial Altaya, 1993 (1ª ed. 1943), p. 459.

²⁵ *Ibidem*, p. 464.

²⁶ E. STRAVRO-PEARCE, «Transgressing Sartre: embodied situated subjects in *The Second Sex*». *Labyrinth*, vol. 1, núm. 1 (invierno 1999), soporte digital.

existencialista sartreana, en de Beauvoir adopta inflexiones propias respecto de su marco de origen.

En tanto para Sartre libertad y situación son como el anverso y el reverso de una sola realidad que es la existencia humana, para de Beauvoir, en cambio, la situación favorece o desfavorece la libertad hasta el punto de que se pueden discriminar las situaciones según sus posibilidades de realización. Esta jerarquización de las situaciones impone una seria revisión de los resabios de idealismo sartreano, presentes en la teoría.

Según este punto de vista, el sujeto preserva su autonomía respecto de los fines, sobre los cuales los otros no pueden incidir, pero la realización de aquéllos estará condicionada por la factibilidad de su situación. En otras palabras, Simone de Beauvoir enraíza la dupla libertad/situación en un orden material, en el que la presencia de los otros se deja sentir con todo el peso de lo social, lo político y lo económico.

En sus dos ensayos morales (*Pyrrhus et Cinéas*²⁷ y *Pour une morale de L'ambiguïté*), la escritora había dejado sentado que un acto era tanto más moral cuanto más abriera el horizonte de otras libertades ajenas. Dice Simone de Beauvoir: «Así como la vida se confunde con el querer-vivir, la libertad siempre surge como movimiento de liberación. Prolongándose a través de la libertad de los otros es como solamente consigue sobrepasar la muerte y realizarse como unidad indefinida [...]»²⁸. Por el contrario, una acción se erige como inmoral cuando suprime o reprime las libertades del prójimo, esto es, cuando una libertad no se abre hacia otras libertades o simplemente las coarta. De ahí que la alteridad en términos de las relaciones entre los sexos le interesara tanto a nuestra autora y fuera subrayada con énfasis en sus análisis en tanto comportaba la ausencia de reversibilidad.

Esto es visible en los textos literarios antes citados, en tanto las figuras masculinas (salvo la feliz excepción del padre de Laurence en *Les Belles Images*) no reconocen en las mujeres a otra conciencia idéntica a la propia, esto es, no tienden a la reciprocidad, sino que las pretenden «lo Otro» aminorado. Monique, por ejemplo, la protagonista de *La femme rompue*, ha interiorizado un lugar secundario dentro de la pareja, debido a cierta complicidad con el poder masculino encarnado en la figura de su marido. Dependiente de un sistema de organización patriarcal, inhibida en sus potencialidades sobre todo educativas y profesionales, le ha tocado en el reparto de las labores la crianza de las hijas y la continua repetición, cíclica, de las tareas del hogar. Esta situación, producto de su mala fe, la hace incurrir en la inmanencia, propiedad atribuida por Sartre a los objetos, a las cosas inertes. Ello no la inquieta hasta que se astilla la monogamia y, con ella, la institución social que la cobijaba: el matrimonio. Sola, a la intemperie, desprotegida, comenzará a pensar su existencia en otra situación, la que quizás la conduzca a la trascendencia.

²⁷ S. DE BEAUVOIR, *Para qué la acción*. Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1972 (1ª ed. 1944).

²⁸ S. DE BEAUVOIR, *Para una moral de la ambigüedad*. Buenos Aires, Editorial Schapire, 1956 (1ª ed. 1947), p. 33.



Como vemos, de Beauvoir indagará en la condición femenina como condición de género, esto es, en los modos de existencia del sexo femenino. Las notas que organizarán esos modos de existencia de las mujeres serán, según Celia Amorós, tres: alteridad, inmanencia e inesencialidad. La primera será tomada del pensamiento de Lévi-Strauss y resignificada, y la segunda del sistema de la filosofía existencialista de sesgo sartreano.

La categoría de la alteridad fue utilizada, según María Teresa López Pardina, por numerosos intelectuales franceses de la época (Sartre, Merleau-Ponty, Lévi-Strauss, Levinas, entre otros) y fue introducida en parte por la influencia de los cursos de Kojève en el Colegio de Francia, realizados entre 1933 y 1939, que dieron un nuevo auge a la filosofía hegeliana en su aspecto dialéctico.

Lo que caracteriza a todas las comunidades en términos antropológicos es el plantear a sus semejantes como «lo Otro». Pero en la mayoría de los casos esa alteridad se cumple de un modo reversible. Así, no se plantea como unívoca sino como recíproca. Lo que ha ocurrido con el sexo femenino es que por su lugar subalterno en la Historia, por la estructura patriarcal de la sociedad, nunca se ha auto-designado ni constituido como sujeto para de ese modo anular la estructura de alteridad que lo corroe. La mujer ha sido la mediadora entre la naturaleza y el hombre, por su confinamiento en tareas como la maternidad o la agricultura, tendentes a perpetuar la especie (todas ellas inmanentes) y no como la guerra y la caza (ambas trascendentes), en las que se arriesgaba la vida y, por lo tanto, se ostentaba como un valor superior a la hora de los méritos. Quien arriesga la vida (el varón), dirá Simone de Beauvoir, tendrá más privilegios que quien la engendra (la mujer).

Según Teresa López Pardina, en esta falta de reciprocidad que observa en la noción de «lo Otro» aplicada a la mujer encuentra de Beauvoir similitudes con la situación descrita por Hegel de las relaciones entre amo y esclavo en la dialéctica de la autoconciencia. Para Hegel la autoconciencia alcanza su realización únicamente cuando lo es para otra autoconciencia: una semejante. Siendo reconocida por otra autoconciencia, recién allí logra su desarrollo como vida propiamente humana. «Beauvoir piensa que las relaciones hombre-mujer en la sociedad patriarcal son asimilables —desde el punto de vista fenomenológico descriptivo— a las relaciones amo/esclavo de la dialéctica hegeliana de la autoconciencia»²⁹.

Como puede verse, nutriéndose de numerosas fuentes, métodos y corrientes teóricas, Simone de Beauvoir las adaptará, secularizándolas, a los problemas de género y fundará así una tradición en la teoría feminista de gran influencia en las generaciones posteriores de estudiosas. Generaciones que se nutrirán teóricamente de sus medulosos núcleos teóricos pero que, también, polemizarán con ella, como lo prueban, entre otros, los recientes trabajos de la estudiosa norteamericana Judith

²⁹ M^a.T. LÓPEZ PARDINA, «El feminismo de Simone de Beauvoir», en C. AMORÓS (coord.), *Historia de la teoría feminista*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1994, pp. 105-124, p. 112.

Butler, que ratifican la vigencia de de Beauvoir como pensadora. Al mismo tiempo, de Beauvoir elaborará, merced a su trabajo literario, un modo de ilustrar o encarnar sus propias teorías en el discurso ficcional, como una plataforma para la divulgación de sus tesis y puntos de vista y una puesta a prueba de todo ello. Esos textos, en el fondo, quizás busquen mediante otros recursos, accesibles a un público más amplio (y, quizás, menos especializado), cuestionar y dismantelar los modos de representación patriarcales y oponerles unos alternativos, a través de nuevas estrategias retóricas, textuales y de género literario, al tiempo que devuelven a las mujeres nuevas imágenes de sí mismas que las invitan a pensarse como sujetos libres, independientes y soberanos. En ese sentido, son textos militantes y emancipatorios. Quizás, detrás de esta voluntad de escritura, por lo demás perfectamente legítima, late un afán no exento de cierto didactismo moral. Pero ello incluso viene a confirmar la naturaleza fuertemente moral de los planteamientos de la autora francesa.

Ahora bien, ¿qué logra Simone de Beauvoir elaborando sus teorías sobre la condición femenina y redactando textos literarios alentados o inspirados por ellas? Pues, como dijimos, dar coherencia interna a un proyecto creador y volver visibles con su trabajo elementos del contexto social que, en términos de Celia Amorós, desde otras orientaciones de la atención permanecían invisibilizados. De este modo, al «irracionalizar marcos de referencia»³⁰ múltiples, su discurso se caracterizará por ser altamente politizado, en tanto opondrá una poderosa resistencia a la ideología y las prácticas patriarcales occidentales. En definitiva, se trata de seguir dos sendas para un mismo fin, esto es, lograr la emancipación de la mujer de toda tutela que la cosifique o anule sus potencialidades, y su dignidad de sujeto libre mediante el predicamento teórico y la producción de textos literarios que dramaticen ese conflicto para volverlo más inteligible y asequible a sus contemporáneas y a las generaciones futuras.

³⁰ C. AMORÓS, *Feminismo y filosofía*, p. 102.

